

16.

La Esposa infiel. — III

Mañanita, mañanita,—mañanita del Señor,
 estaba una bella dama—sentadita en su balcón,
 muy peinada, muy lavada,—su poquito de arrebol.
 Ha pasado un caballero—hijo del emperador;
 con la guitarra en la mano—una coplita le echó (1).
 —Abreme, cara de luna,—abreme, cara de sol.—
 —Mi marido está cazando—en los montes de León,
 y *pa* que no vuelva más—le echaré una maldición:
 cuervos le saquen los ojos—y águilas el corazón,
 y los perros con que caza—lo arrastren en procesión (2).
 —¿Dónde pongo este caballo?—En la cuadra lo metió.
 —¿Dónde pongo esta escopeta?—En un rincón la dejó.
 —¿Dónde pongo esta chaqueta?—En la percha la colgó.
 —¿Dónde pongo estos calzones?—En la silla los dejó.
 Estando en estas razones—su marido que llamó:
 —Abreme la puerta, luna,—abreme la puerta, sol.—
 Ha bajado Margarita—mudadita de color.
 —Ó tú tienes calentura—ó tú tienes mal de amor.
 —Yo no tengo calentura—ni tampoco mal de amor,
 me se ha perdido la llave—de tu rico comedor.
 —Si la tuya era de plata,—de oro la traigo yo.—
 Entraron más adelante,—y un perrito que ladró.
 —¿De quién es ese perrito—que en mi casa veo yo?
 —Tuyo, tuyo, caballero,—que mi padre te lo dió

(1) En otra variante .

Le ha cantado una canción.

(2) También hay en Andalucía una copla que dice, con visible reminiscencia del romance:

Cuervos te saquen los ojos—y águilas el corazón,
 y serpientes las entrañas—por tu mala condición.

para que fueras de caza—á los montes de León.
 —Viva tu padre mil años;—muchos perros tengo yo,
 y cuando no los tenía,—no me los mandaba, no.—
 Entraron más adelante,—y un caballo relinchó.
 —¿De quién es aquel caballo—que en mi cuadra veo yo?
 —Tuyo, tuyo, caballero,—que mi padre te lo dió,
pa que vayas á la boda—de mi hermana la mayor.—
 —Viva tu padre mil años,—caballos no quiero yo,
 cuando yo no los tenía,—tu padre no me los dió.—
 Entraron en una sala—y una escopeta allí vió.
 —¿De quién es esa escopeta—que en mi casa veo yo?—
 —Tuya, tuya, dueño mío,—que mi padre te la dió,
 para que fueras de caza—á los montes de León.—
 —Viva tu padre mil años,—que escopeta tengo yo;
 cuando yo no la tenía—tu padre no me la dió.—
 Entraron más adelante,—y en la percha se fijó.
 —¿De quién es esa chaqueta—que en mi percha veo yo?
 —Tuya, tuya, caballero,—que mi padre te la dió.—
 —¿De quién es aquella sombra—que va por el corredor?
 —La sombra será mi muerte,—que bien la merezco yo.—
 La ha cogido por la mano,—á su casa la llevó.
 —Aquí tiene usted á su hija,—sin honra ni estimación.—
 —Si mi hija no tiene honra,—con honra te la di yo.—
 La ha cogido por la mano—y al campo se la llevó,
 y allí le ha dado la muerte,—y con eso concluyó (1).

(De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.)

(1) En otra variante:

Le tiró tres puñaladas—y allí muerta la dejó.
 La dama murió á la una—y el galán murió á las dos.

17.

Blanca Flor y Filomena. — I

(Versión de Osuna.)

Por las calles de Morón—se pasean dos donseyas;
 una era Branca-Fró—y la otra Filomena;
 se pasea un cabayero—con mucho caudar y hacienda,
 se enamoró' e Branca-Fró—no despresió á Filomena.
 Dispusieron su bodita;—marcharon hasia su tierra;
 á eso de los nueve meses—yega Taquino á la puerta.
 —Madre, sabe usté que bengo—por mi cuñá Filomena.
 —Hombre, no te lo consiento,—porque es mosita y donseya.
 —No le ha de pasar nada,—apuesto con mi cabesa,
 y si no apuesto con eso,—con mi casiya y hacienda.
 —Pues si eso es asin, Taquino,—á Filomena te yebas.—
 A la subida de un serro,—á la bajá de una güerta,
 s'echó abajo der cabayo,—logró su gusto con eya.
 Biba le sacó los ojos,—biba le arrancó la lengua.
 S' ha aparecido un pastó—qu' embiado de Dios era;
 traía tinta y papé—metidiyo en la montera:
 —La pluma se me ha quedao—en los cerros de Guinea,
 Mi lengua sirba de pluma;—mis ojos de tinta negra (1).

(1) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

18.

Blanca Flor y Filomena. — II

(Variante de Guadalcanal.)

Por la corte de Madrí—se pasean dos donseyas:
 la una era Blanca-Flor—y la otra Filomena.
 Se pasea un cabayero—con grande caudiá y hacienda.
 Er pretende á Blanca-Flor—sin despreciar á Filomena.
 En este mismo momento—Tarquino se jhué á la guerra,
 á la benida pa cá—se entró en casa de su suegra:
 —Güenas noches tenga 'sté,—yo no las tengo mu güenas,
 sólo por Blanca-Flor—qu' en bísperas de parir queda.
 Sab' usté que soy benido—por mi cuñá Filomena.
 —Yo mi hija no la doy,—porque es mosita y donseya.
 —Apuesto con mi caudiá—y la mitá de mi hacienda,
 y si no tengo bastante—respondo con mi cabesa.
 —Con estos cargos la doy,—con estos cargos la yebas,
 con estos cargos, Tarquino,—Tarquino, mira por eya.—
 Tarquino montó á cabayo,—Filomena en una yegua.
 —Quedarse con Dios, muchachas,—que mi cuñado me yeba.—
 A la salía der pueblo—d' amores me la requiebra;
 á la bajá d' un arroyo—á la subía d' nna cuesta,
 allí se bajó Tarquino;—cumplió su gusto con eya.
 Después d' haberlo cumplido—jhiso un jhoyito en la tierra:
 medio cuerpo le dejó drento—y medio le dejó jhuera.
 —¡Si biniera un pastorsito,—mandado de Dios venga,
 para escribirle una carta,—á Blanca-Flor que la lea!
 Diciendo estas palabras—el pastorsito que llega.
 —Yo traigo tinta y papel,—y papel de mi montera,
 para escribirle una carta—á Blanca-Flor que la lea...
 Ha recibido la carta,—de mar parto murió ella,
 y el mar parto que tubo—lo friyó en una casuela,
 para darle de senar—á Tarquino cuando venga.

Apartándolo der fuego,—Tarquino yama á la puerta:
 —Abreme la puerta, sol,—abreme la puerta, reina.
 ¿Tenemos argo que senar?—Y le plantaron la mesa.
 —¡Ay qué riquito está er cardo!—más rica 'starán las presas.
 —Más rico estará el olor—de mi hermana Filomena,
 que la dejaste enterrada—en los montes de Gilena.—
 Tarquino cuando oyó esto—cayó amortecido en tierra.
 Se levantó Blanca-Flor—como una leona fiera.
 Le ha dado de puñaladas,—le ha sacado la lengua,
 le ha puesto por las esquinas—para que escarmiento sea,
 pa que ningun atrevido—desgonsare á una donseya (1).

19.

Don Manuel.

(Versión de Guadalcanal.)

Una noche muy oscura,—de relámpagos y agua,
 ha salido Don Manuel—á visitar á su dama.
 Tres plumas en su sombrero,—una verde y dos moradas.
 El pasage que lé dieron,—hundirlo de puñaladas,
 donde se vino á encontrar—en la puerta de su dama:
 —Abreme, Polonia mía,—abreme, Polonia hermana,
 que yo vengo muy herido,—y las heridas son malas.
 Polonia, si yo me muero,—no me entierres en sagrado;
 entiérrame en un pradito—donde no paste ganado,
 y á la cabecera pongas—un Cristo crucificado,
 con un letrado que diga:—«Aquí murió un desdichado;
 no ha muerto de mal de amor,—ni de dolor de costado,
 que ha muerto de calenturas—de la justicia matado» (2).

(Folk-Lore Guadalcanalense, 91-92.)

- (1) Torre (*Microfilo*), *Folk-Lore Guadalcanalense*, 71-75.
 (2) Compárese con el romance asturiano núm. 54 y con los que se citan en la correspondiente nota.

20.

El Cid y el Conde Lozano.

En el tiempo que reinaba—el santo rey D. Fernando,
 primo de aquel alevoso—nuestro rey que fué D. Sancho,
 mandó hacer un pendón,—con seda todo labrado,
 y en el medio una cruz roja—del apóstol Santiago,
 y cuando lo tuvo hecho,—en la corte se ha plantado.
 «¿Hay alguno entre vosotros—de los míos, mis vasallos,
 que me guarde este pendón,—que me lo tenga guardado,
 pá que cuando se lo pida—sea hombre para darlo?»
 Levantóse de su asiento—uno de los más ancianos:
 «Deme, buen rey, el pendón,—que yo bien sabré guardarlo.
 Tres hijos mancebos tengo,—en armas aventajados,
 pá que cuando lo pidáis—sean hombres para darlo.»
 Levantóse de otro asiento—ese que llaman Lozano;
 le ha pegado un bofetón,—diciendo: «¡Vaya el villano!
 porque hay hombres en la corte—más capaces de guardarlo».
 Se fué el buen viejo á su casa,—corrido y avergonzado;
 —la mujer le ha preguntado.
 Dióle en callar la respuesta—y ha sus tres hijos llamado;
 vino el mayor, luego vino—el que era de edad mediano
 y también vino el muy chico,—con el sombrero en la mano.
 Lo agarró por la muñeca,—lo más delgado del brazo;
 tres veces le dijo: «¡Suelta!»—y viendo que no ha soltado,
 ha sacado de la cinta—un puñal y así le ha hablado:
 «..... —juro por el cielo santo
 que el no quitaros la vida—es porque me habéis criado.
 ¿Es posible, padre mío,—es posible, padre amado,
 que habéis perdido el sentido—Ú os ha la razón faltado?»
 —Ni yo he perdido el sentido,—ni la razón me ha faltado;
 La honra sí, que me hizo afrenta—ese conde de Lozano.
 ¿Sabes lo que siento, hijo?—.....
 El verme, como me veo,—viejo y cargado de años,

sin atreverme á salir—con ese traidor al campo.
 —No sienta la pesadumbre;—siéntese y tome un bocado.
 Mientras el padre comía,—el muchacho se fué armando;
 corrió salas y aposentos—y vió colgada de un clavo
 una espada ya mohosa—y estas palabras le ha hablado:
 «Bien sé que te correrás—de verme niño muchacho;
 pero confío en tu cruz—que he de volver bien vengado».
 Y montándose en Babieca,—que es un ligero caballo,
 hacia la corte camina—y pregunta por Lozano.
 El rey le mandó á decir—.....
 «Deten, Rodrigo, batalla—por término de dos años».
 Rodrigo dijo que no:—«Dos horas le doy de plazo».
 El Conde, como es valiente,—en cólera se fué armando:
 Apriesa cogió la silla;—apriesa cogió el caballo;
 con una mano lo enfrena;—con la otra lo fué ensillando;
 con los dientes de su boca—la cincha le fué apretando,
 y sin poner pie en estribo—montó en el veloz caballo,
 saltó por medio de todos,—corriendo y galopando,
 y las damas le decían—que no le hiciera agravio,
 porque es Rodrigo muy niño—y no era razón matarlo.
 Rodrigo dijo que fuertes—eran su lanza y su brazo,
 y al Conde enciende la rabia—y ambos caminan al campo.
 —Ven acá, rapaz,—le dijo.—¿Me andas amenazando?
 Corre, vé y dile á tu padre—y también á tus hermanos,
 que con ellos y contigo—haré batalla en el campo.
 —Eso no, Conde atrevido;—eso no, Conde villano;
 que lo que yo no hiciere—no lo han de hacer mis hermanos.
 El Conde tiró su lanza,—que iba los yientos rajando;
 Rodrigo tiró la suya,—mas no la tiró jugando;
 que atravesó cota y pecho,—silla, y alcanzó al caballo.
 También dicen los escritos—que pasó la tierra un palmo.
 Viéndose el Conde así herido,—se ha apeado del caballo;
 Rodrigo que vido esto—también del suyo ha saltado,
 y echan mano á las espadas—y el combate se ha trabado.

 Y le cortó la cabeza;—también le cortó la mano.

En la punta de su lanza—por bandera la ha clavado
 y ufano á la corte llega,—estas palabras hablando:
 «¿Hay alguno entre vosotros,—primos, parientes ó hermanos,
 que salgan á la demanda?—aquí para el campo aguardo».
 Viendo que nadie salía,—á su casa ha caminado,
 y á su padre le presenta—la cabeza con la mano:
 «Este es Rodrigo Ruy Díaz (*sic*),—el sin igual castellano,
 hijo de Diego Lainez,—que mató al Conde Lozano» (1).

21.

Romance de la Princesa Celinda.

Por las puertas de Celinda—galan se pasea Zaide,
 aguardando que saliera—Celinda para hablalle.
 Salió Celinda al balcón—más hermosa que no sale
 la luna en oscura noche—y el sol entre tempestades.
 —Buenos días tengáis mora.—A tí, moro, Alá te guarde.
 —Escucha, Celinda, atenta,—si es que quieres escucharme.
 ¿Es verdad lo que le han dicho—tus criados á mi paje,
 que con otro hablar pretendes—y que á mí quieres dejarme,

(1) Casi completado, entre unos fragmentos que D. Juan Quirós de los Ríos aprendió, siendo niño, en Antequera, de boca de un pariente de su abuelo, llamado José González, y otros fragmentos que recogí en Osuna, por los años de 1876 ó 77, de un viejo pordiosero de la Alameda (Málaga) que pedía limosna recitando porción de romancillos populares, casi todos religiosos.

(Nota del Sr. Rodríguez Marín.)

Es un tipo muy curioso de romance juglaresco moderno, compuesto por un poeta semi-letrado que había leído el *Romancero* de Escobar ó había visto representar la comedia de Guillén de Castro, y que refunde el tema poético con cierta originalidad y no sin brío. La rareza de los romances históricos en la tradición oral, le hace todavía más apreciable, pues del Cid no sabemos que se canten actualmente otros que éste en Andalucía, y otro portugués en la Isla de Madera, también juglaresco y *centenario*, que veremos más adelante.

por un turco mal nacido,—de las tierras de tu padre?
 No quieras tener oculto—lo que tan claro se sabe.
 ¿Te acuerdas cómo dijiste—en el jardín la otra tarde
 «tuya soy, tuya seré,—y tuya es mi vida, Zaide?»
 De verse reconvenida—la mora en enojos arde,
 y cerrando su balcón—al turco deja en la calle.
 El galán soberbecido—pisotea su turbante,
 y con rabiosas fatigas—ha cantado estos cantares:
 —«¿Quieres que vaya á Jerez,—por ser tierra de valientes,
 y te traiga la cabeza—del moro llamado Hamete?»
 ¿Quieres que me vaya al mar—y las olas atropelle?
 ¿Quieres que me suba al cielo—y las estrellas te cuente,
 y te ponga á tí en la mano—aquella más reluciente?»
 La estrella sale de Venus—al tiempo que el sol se pone,
 y la enemiga del día—su negro manto descoge (1).

22.

Lucas Barroso.

Allá va Lucas Barroso,—baquero de gallardía;
 lleva las bacas cansadas—de subir cuestras arriba,
 de pelear con los moros—dos ó tres beses ar día,
 una bes por la mañana,—otra bes ar medio día,
 y otra bes ayá á la tarde,—cuando er sor se trasponía.
 —Suba, suba, mi ganado—por las cañadas arriba,
 que si argún daño jisiere,—mi amo lo pagaría

(1) Publicado por D. Agustín Durán, número 54 de su *Romancero general*, con esta nota.

«Este romance, que tal como está parece una mezcla inconexa de varios trozos de los romances moriscos impresos, da una idea de otros muchos que con iguales circunstancias se cantan tradicionalmente en la Serranía de Ronda por los jóvenes aldeanos y campesinos... Me lo comunicó el Señor D. Serafín Calderón».

con er mejor beserriyo—qu' hubiere en la baquería,
 hijo der toro Pintado—y la baca Girar liya:
 la crió Dios tan ligera,—que bolaba, y no corría (1).

(Osuna.)

23.

Carmela.

(Versión de la Puebla de Cazalla.)

Carmela se paseaba—por una sala adelante,
 con los dolores de parto,—qu' er corasón se le parte.
 —¡Ay, Dios mío, quién tubiera—una sala en aqner baye
 y por compañía tubiera—á Jesucristo y su madre!
 La suegra que la escuchaba—qu' era dina d' escucharse (*are?*)
 —Carmela, coge tu ropa;—bete á parí en cá e tu madre;
 si á la noche biene Pedro,—yo le daré de sená;
 si me pide ropa limpia,—yo le daré pá mudá.—
 A la noche viene Pedro:—¿Mi Carmela, donde 'stá?
 —Carmela está con su madre;—que m' ha tratado muy má;
 que m' ha puesto de tunanta—hasta el último linaje.—
 Monta Pedro en su cabayo—con su moso por delante;
 á la salida der pueblo—s' ha encontrado á la comadre.
 —Bien benido seas, Pedro;—ya tenemos un infante;
 del infante gosaremos;—de Carmela, Dios la sarbe.
 —Lebántate, mi Carmela—¿Cómo quiés que me lebante?
 De dos horas de parida—no hay mujer que se lebante.
 —Lebántate, mi Carmela,—no buerbas á replicarme.—
 S' ha lebantado Carmela—con su moso por delante;
 han andado siete leguas—uno y otro sin hablarse.
 —¿Por qué no hablas, Carmela?—¿Cómo quieres que te hable,
 si los lomos der cabayo—ban bañados en mi sangre?
 —Confíesate, mi Carmela;—qu' á mí me confesó un padre,

(1) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

que detrás de aqueya ermita—hago intensión de matarte.—
Las campanas d' aquer pueblo—eyas solas se combaten.

—¿Quién s' ha muerto, quién s' ha muerto?—La princesa de
[Olibares.

—No s' ha muerto, no s' ha muerto;—que l' ha matado mi
por un farso testimonio—qu' han solido lebantarle. [padre,
Una agüela que yo tengo,—rebiente por los hijares.

—M' espanta qu' hable este niño—tan chiquito y de pañales (1).

(De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

24.

La Aparición.

(Variante de Osuna.)

—¿Dónde ba usted, cabayero?—¿Dónde ba usted por ahí?
—Boy en busca de mi esposa—que hace años que la bi.
—Su esposa de usted s' ha muerto—y yo la bide enterrar;
las señales que yebaba—yo se las puedo explicá.
La cara era de sera—y los dientes de marfí,
y er pañuelo que yebaba—era rico carmesí;
la yebaban cuatro duques,—cabayeros más de mí.
—Haya muerto ó no haya muerto,—á su casa m' he de ir.—
Ar subir las escaleras—una sombra bide ayí;
mientras más me retiraba,—más s' acercaba hasia mí.
—Síntese usted, cabayero;—no te asustes tú de mí,
que soy tu querida esposa,—que hase un año que morí.
Los brazos que te abrazaban—á la tierra se los di;
la boca que te besaba—los gusanos dieron fin.
—Cásate, buen cabayero,—cásate y no andes así;

(1) Compárese con los romances de *Doña Arbola y Marbella* (números 31 y 32).

la primer hija que tengas—ponle Rosa como á mí,
pá cuando á llamarla fueras,—que te acuerdes tú de mí (1).

(De la colección de Rodríguez Marín,
que le recogió en 1880.)

25.

Canción de una gentil dama y un rústico pastor.

—Pastor, que estás en el campo,—de amores tan retirado,
yo te vengo á proponer—si quisieres ser casado.

—Yo no quiero ser casado,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.

—Tú que estás acostumbrado—á ponerte esos sajones;
si te casaras conmigo—te pusieras pantalones.

—No quiero tus pantalones,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado—á ponerte chamarreta;
si te casaras conmigo,—te pondrias tu chaqueta.

—Yo no quiero tu chaqueta,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado—á comer pan de centeno;
si te casaras conmigo,—lo comieras blanco y bueno.

—Yo no quiero tu pan blanco,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.

—Tú que estás acostumbrado—á dormir entre granzones;
si te casaras conmigo,—durmieras en mis colchones.

—Yo no quiero tus colchones,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.

—Si te casaras conmigo,—mi padre te diera un coché,
para que vengas á verme—los sábados por la noche.

—Yo no quiero ir en coche,—responde el villano vil:

(1) Compárese con el romance asturiano núm. 53.

tengo el ganado en la sierra:—á Dios, que me quiero ir.
—Te he de poner una fuente—con cuatro caños dorados,
para que vayas á ella—á dar agua á tu ganado.
—Yo no quiero tu gran fuente,—responde el villano vil:
ni mujer tan amorosa—no quiero yo para mí (1).

26.

La Infanticida.—I

(Versión de Guadalcanal.)

—Est' era un probe mansebo—casao con una dama,
que lo cuar tenía un hijo—que de esta cuenta le daba.
—Padre, mir' uste qu' han bisto—qu' el arféres entra en casa
y s' acuesta con mi madre—entre sábanas d' Holanda.—
Er padre no jiso caso—de lo qu' er niño declara.
La madre, de que oyó esto—bibito lo degoyaba;
la carne la echó en adobo,—la cabeza la salaba,
la lengüita entre dos platos—al arféres se la manda.
L' arferes la conosió—y á los perros se la echaba;
los perros son tan humirdes,—del suelo no la alebantán.
De l' asaura der niño—ha jecho una gran fritada,
pá cuando biniera er padre—tenérsela preparada.
Apartándola der fuego,—er padre á la puerta yama,

(1) Es derivación popular del núm. 145 de la *Primavera* :

Estase la gentil dama—paseando en su vergel,
y del villancico que glosó Alonso de Alcaudete :

Llamábalo la doncella,
y dijo el vil :
al ganado tengo de ir.

Publicó esta variante andaluza Fernán Caballero en su cuento *Pobre Dolores!* (Madrid, 1857, pp. 210-211). Otra lección menos completa ha recogido en Sevilla Rodríguez Marín.

procurando por su hijo—querido de sus entrañas.
Doña Inés le respondió,—le respondió sin tardansa :
—Como chiquito y pequeño—en los mandaos se tarda.—
Al echar la bendición,—er niño en el plato habla :
—Padre, no comas tú eso,—que comes de tus entrañas;
que esta madre que yo tengo—merecía degollarla
con un cuchiyó d' acero—que le traspasara 'l arma.—
Doña Inés, de que oyó esto,—en un cuarto s' enserraba.
yamando ar demonio á boses,—que biniera por su arma.
—Doña Inés, ¿qué tiene usté?—¿Qué tiene que tanto yama?
—Que me quites d' este mundo—y me lleves a tu casa.

(Torre, *Folk-Lore Guadalcanalense*, pp. 69-71.)

27.

La Infanticida.—II

(Versión de la Puebla de Cazalla.)

Un padre tenía un hijo—y le cuenta lo que pasa :
—Escucha, padre querido,—escucha, padre del arma, [casa
.....—que la fiera (*sic*) ha entrado en
y se ha acostado con madre—en su regalada cama.—
El padre no se hacía caso—de lo que el niño le hablaba;
se le ha ofrecido un viaje—de Cádiz para Granada,
por una poca de seda—de aquella más encarnada.
Mientras qu' er padre fué y bino—ar niño lo degoyaba,
con un cuchiyó de asero—que le traspasaba el arma,
y le sacaba la lengua—y á los perros se la echaba;
los perros son tan humirdes,—der suelo no la lebantán.
De las entrañas der niño—hiso una gran casolada,
pá cuando biniera er padre—el lunes por la mañana.
Al otro día temprano—er padre á la puerta yama,
lo primero que pregunta—por su hijo de su arma.

—Siéntate, Francisco, y come,—que er niño en la caye anda y como es tan pequeñito,—en los mandados se tarda.
 Echando la bendición,—la carne en er plato habla.
 —Detente, detente, padre,—que comes de tus entrañas;
 que esta madre que yo tengo—meresía degoyarla
 con un cuchillo de asero—que le traspasara el arma.—
 Oyendo la madre esto—se ha enserrado en una sala,
 yamando ar demonio á boses—que la saque de su casa.
 Er demonio es tan astuto—que tras de la puerta estaba:
 ¿Qué quieres, mujer de bien,—que tan aprisa me yamas?
 —Que me agarres por los pelos—y me arrastres por la sala
 y me yeves al infierno,—que ayí penará mi arma.
 La ha agarrado por los pelos,—l' ha arrastrado por la sala,
 cuándo bino la justisia—se jayó aún cuerpo y arma;
 en una sarta e pimientos—donde eya se recreaba,
 en una siyita chica—donde er niño se sentaba (1).

28.

Altamare (Tamar).

Er rey moro tenía un hijo—que Taquino le yamaban;
 s' enamoró de Artamare—qu' era su querida hermana.
 Biendo que no podía ser,—malito cayó en la cama,
 y fué er padre á bisitarlo—un lunes por la mañana.

(1) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

Este bárbaro romance, que recuerda con circunstancias todavía más atroces la cena de Tiestes, pertenece, en opinión de algunos, á la categoría de los mitos solares, como el de Osiris. Idéntico sentido tiene el cuento popular de Ursuleta, del cual se han publicado variantes recogidas en el Mediodía de Francia, en Escocia y en Alemania, y una española, de Ulldecona (provincia de Tarragona) transcrita y doctamente analizada por el profesor D. Manuel Sales Ferré en *El Folk-Lore Andalúz* (1882). Véase también el libro de Husson *La Chaîne Traditionnelle* (París, 1874, páginas 19 y 20).

—¿Qué tienes, hijo Taquino?—¿Qué tienes, hijo del arma?
 —[Mi] padre, una calentura—que me ha traspasado el arma.
 —¿Quieres que te guise un bicho—d' esos que se crían en casa?
 —Guísemelo usted, mi padre;—que me lo traiga mi hermana;
 y si mi hermana biniere,—benga sola y sin compañía.—
 [Y] como era en berano—l' ha mandado en naguas blancas.
 Apenas l' ha bisto entrar,—como un león se le abansa;
 l' h' agarrado de la mano—y la echó sobre la cama;
 gosó d' este hermoso lirio—y d' esta rosa temprana.
 —Benga castigo der sielo—ya qu' en la tierra no hay(ga).
 —Que castiguen á mi padre,—qu' e' r que ha tenido la causa (1).

(Osuna.)

29.

El Ciego.

Huyendo del fiero Herodes—que al niño quiere perder,
 hacia Egipto se encaminan—María, su hijo y José.
 En medio de aquel camino—pidió el niño de beber.
 —No pidas, agua, mi niño,—no pidas agua, mi bien,
 que los ríos vienen turbios—y no se pueden beber.
 Andemos más adelante—que hay un verde naranjél,
 y es un ciego que lo guarda,—es un ciego que no ve.
 —Ciego, dame una naranja—para callar á Manuel.

(1) Publicado por Rodríguez Marín en el *Boletín Folklórico Español*. Es el único romance popular que conozco sobre asuntos del Testamento Viejo (II, Samuel XIII, 1-15). Puede ser obra de algún judío ó morisco, como parece indicarlo la anteposición del artículo *Al* al nombre de *Tamar*. La sustitución de Amón por *Taquino* ó *Tarquino* (¿el forzador de la romana Lucrecia?) es un caso de *contaminación* muy singular entre dos temas poéticos: uno de Oriente y otro de Occidente. Ya hemos visto que el nombre de *Tarquino* (en Asturias *Turquillo*) sustituye también al de *Tereo* en los romances de *Blanca Flor* y *Filomena*. Existe en Andalucía la comparación vulgar *Más malo que Taquino* (vid. Rodríguez Marín, *Quinientas comparaciones andaluzas*. Osuna, 1884, núm. 286).

—Coja usted las que usted quiera—que toditas son de usted.
 —La Virgen como es tan buena—no ha cogido más que tres:
 una se la dió á su niño,—y otra se la dió á José,
 otra se quedó en la mano—para la Virgen oler.
 Saliendo por el vallado—el ciego comenzó á ver.
 —¿Quién ha sido esta Señora—que me ha hecho tanto bien?
 será la Virgen María—que al que es ciego le hace ver (1).

30.

Santa Catalina. — I

(Versión de Osuna.)

Por las barandas der cielo—se pasea una sagala
 bestida de azur y blanco—que Catalina se yama.
 Su padre era un rey moro,—su madre una renegada;
 todos los días qu' amanece—su padre la castigaba.
 —No me castigue usté, padre,—que con Cristo estoy casada.—
 Mandó haser una rueda—de cuchiyos y nabajas;
 estando la rueda en punto—un marinero bogaba.
 —¿Qué me das, marinerito,—y te saco de esas aguas?
 —Te doy mis tres nabíos—yenitos d' oro y de plata.
 —No quiero tus tres nabíos—yenitos d' oro y de plata;
 lo que quiero es que en muriendo—á mí m' entregues el arma.
 —El arma es para mi Dios,—que la tiene bien ganada,
 y er cuerpo para los peses—qu' están debajo del agua;
 los guesos pá 'r campanero—que repica las campanas (2).

(1) *Cuentos y poesías populares andaluces coleccionados por Fernán Caballero*. Sevilla, 1859, pp. 421-22.

En la misma colección se hallan otros romances piadosos *La Pastora de Belén, El Nacimiento de Dios, El Niño perdido*, que no reproduzco por no encontrar en ellos el genuino carácter de la poesía popular, aunque sí algunos rasgos de ella. Pertenecen, como otros muchos versos devotos, al género de la poesía artística popularizada.

(2) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

31.

Santa Catalina. — II

Por la baranda del cielo—se pasea una zagala,
 vestida de azul y blanco,—que Catalina se llama.
 Su padre era un perro moro,—su madre una renegada;
 todos los días del mundo—el padre la castigaba.
 Mandó hacer una rueda—de cuchillos y navajas,
 para pasarse por ella—y morir crucificada.
 Y bajó un angel del cielo—con su corona y su palma
 y le dice: —Catalina,—toma esta corona y palma
 y vente conmigo al cielo—que Jesucristo te llama.
 Subió Catalina al cielo—como una buena cristiana.
 A eso del mismo punto—ha caído una borrasca
 llena de aires y centellas—que al mundo atemorizaban;
 los marineros del mar—de pecho se van al agua.
 —¿Qué me das marinerito—porque te saque del agua?
 —Te doy mis tres navíos—cargados de oro y de plata,
 y mi mujer que te sirva—y mi hija por esclava.
 —No quiero tus tres navíos—ni tu oro ni tu plata;
 ni tu mujer que me sirva—ni tu hija por esclava: [alma.
 lo que quiero es que en muriendo—que me se entregues el
 —El alma es para mi Dios—que se la tengo mandada,
 y lo demás que me queda—pa la Virgen soberana.
 Santa Catalina—cabellos de oro,
 mataste á tu padre—porque era moro.
 Santa Catalina,—cabellos de plata,
 mataste á tu madre—porque era falsa (1).

(1) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín. Compárese con el romance asturiano de *El marinerito* (núm. 57) y con los romances portugueses de *La Nau Catherineta*.

32.

El mendigo.

Un labradó muy piadoso,—tres horas antes der día,
 caminaba, caminaba,—aonde su apero tenía.
 Ayí se le puso er só,—á su casa se gorbía,
 y en er camino encontró—un probe que le decía
 que si quería recogerlo,—que Dios se lo pagaría.
 Le daría de cená;—de tres mantas que tenía
 , —la mejó l' escogería.
 A eso de la media noche—
 se lebantó er labradó—
 á echarle pienso á la mula,—á be sj er pobre dormía.
 S' encontró con Jesucristo;—la crus por cama tenía;
 le contestó er labradó:—
 Si yo lo hubiera sabío — la compañía que tenía,
 hubiera puesto una cama—de oro y de prata fina.
 Te imprometo, labradó,—pan para toda tu vida,
 y á la hora de tu muerte—tendrás la groria cumprida (1).

(1) Es variante fragmentaria del romance asturiano núm. 26. Oída por Rodríguez Marín á un mendigo de Alameda (Málaga), que la solía recitar pidiendo limosna, si bien prefería por más corto el romancillo que empieza

A tu puerta llega un pobre.

SECCIÓN TERCERA

ROMANCES TRADICIONALES DE VARIAS PROVINCIAS